

pletar la cifra indicada. Me limité en este caso a registrar las colecciones de la Biblioteca Nacional de Santiago, accesibles a todo género de lectores, y como toca la desgracia de que en ellas no se hayan conservado, acaso por deficiencia del depósito legal, sino sesenta y un números, incurrí en un error de que me lamento.

Las observaciones de esta carta, señor Director, no tendrían mayor alcance si no pudiéramos obtener de ellas algunas conclusiones precisas. Es la primera que mi concepto de la crítica literaria no anda muy lejos del que hace suyo el señor Bard, salvo en lo que se refiere al valor estético de las formas y expresiones inconcebibles y contradictorias, *flatus vocis* a mi modo de ver, que no tienen por qué detenernos un segundo. Es la segunda que mi definición del cuento es una sola, y no dos como supone gratuitamente el señor Bard, tomando un ejemplo como una definición, lo que anda, como se comprenderá, muy lejos de corresponder a una discusión provechosa. Es la tercera, en fin, que el señor Bard no ha probado suficientemente que Vallejo (Jotabeche) sea autor de cuentos que se ajusten a la definición que yo di para el género, motivo por el cual tengo razón para seguir otorgando el nombre de primer cuentista chileno cronológicamente hablando ni a Jotabeche, ni a Carlos Varas, ni a Santiago Lindsay, sino a Lastarria.

Me resta sólo agradecer a Ud. la acogida que preste a esta carta en las páginas de su revista, y quedar a sus órdenes cordialmente.—RAÚL SILVA CASTRO.



<https://doi.org/10.29393/At181-13NRFA10013>

NOTAS SOBRE RECIENTES NOVELAS CHILENAS

Me parece muy difícil agrupar en una o en varias tendencias bien definidas la actual novelística chilena; desde luego, porque el número de novelas publicadas en los últimos años

es tan escaso, que sólo permite las afirmaciones individuales y no la constitución de grupos o movimientos; en seguida, porque es tarea complicada fijar los límites de la vieja novela y de la nueva y, mucho más complicado aún, señalar cuáles son los de ahora y quiénes los del pasado. En Chile, el proceso de la novela ha tenido cierta uniformidad y se podría pensar que el camino recorrido es muy corto y que se han ocupado en él muchos años. No es fácil distinguir entre un novelista de la generación de 1900 y algunos novelistas actuales y, quien desconociera absolutamente la biografía de Blest Gana, podría pensar que este autor vive y es muy actual y que un contemporáneo del 900 es el precursor de la novela chilena. Esto no encierra una crítica, de ninguna manera, hay que pensar que entre Blest Gana y nosotros han corrido pocos años y que una docena de escritores, en un medio totalmente adverso, no puede crear de súbito una novela y ponerla a tono con la producción europea.

En todo caso, la reciente novela chilena no es la criollista ni es la costumbrista ni es la poética, tendencias todas en las que hubo nombres de gran valer y algunos de los cuales todavía despiertan un interés grande en los lectores y en la crítica. Tampoco es la novela nueva chilena la imaginista, la suavemente social o sencillamente descriptiva, cuyos intérpretes son todavía jóvenes y se mantienen en interesante creación.

La reciente novela chilena viene saliendo de un realismo de gran técnica, de exacta observación del paisaje—principalmente del paisaje de fácil acceso—y de absoluta carencia de contenido humano; es, entonces, un realismo a medias, un realismo que, lógicamente, tiende a completarse.

Se interesa profundamente por buscar las raíces humanas de este personaje nacional que hasta ahora no ha conseguido crear literariamente el novelista; le estudia en sus sentimientos o en sus pasiones, tanto como en su conciencia o inconsciencia; le analiza como especialista o como observador, sencillamente,

se entrena planteando problemas del alma, buscando el alma en la historia o en los símbolos. Se acerca a cierta gran novela europea entregada a la devoción del espíritu y al goce de escudriñar sus profundidades.

Y lo que estamos diciendo es como si se aplicara a Benjamín Subercaseaux, el ensayista de «Contribución a la realidad», apasionadamente interesado en descubrir el tipo de nuestro pueblo, el novelista a quien cierto desapego de lo popular, ha llevado a concebir la novela del amor, de la voluptuosidad y la pureza en «Rahab»; la delicada y sólida espiritualidad en «Niño de lluvia»; la sugerencia extraña de «El buho verde» o lírica de «El libro de las tapas azules» o la simple anécdota de «El capitán piojo». Subercaseaux trae, decididamente, el sexo a la novela chilena, lo hace con un criterio griego, convencido de la salud de la belleza y de la alegría; de ahí viene su optimismo y el goce de vida que se respira como un puro aire en sus libros.

De otro bando viene el tema sexual con su turbadora presencia de pecado, trae consigo la tragedia del individuo, la muerte, el instinto desatado y el instinto circunspecto, todo envuelto en la bruma de un estilo que evoca con extraordinaria insistencia a Selma Lagerloff. Se trata de María Luisa Bombal, autora de «La última niebla» y «La amortajada», la primera mujer que hace novelas de mujer en Chile.

La novela busca en la sórdida aventura del arrabal; se prende en ingenua y brillante socarronería, en popular goce de la miseria, exalta la voluntad de vivir del pobre y ordena todo el aparato escénico de la ciudad que se muere y que ha sido graciosa y ha gozado de saludables colores: Sepúlveda Leyton en «Hijuna», «La fábrica» y «Camarada» es un novelista del barrio y del pueblo, a quien no se le quedan los hombres fuera del barrio y del pueblo.

Y Nicomedes Guzmán es el lírico de la miseria, en sus «Hombres Oscuros», su conventillo tiene el sabor de un tan-

go y sus personajes y sus prédicas, sus imágenes todas, son colectivas y han nacido para vivir en cancioneros. Se diferencia de sus precursores en que es viril y trágico, valientemente dedicado a decir la verdad.

Pero la novela se resiente del pasado criollismo y se torna retórica y descriptiva, aburridoramente académica, aun cuando está entre las nuevas y lo está con razón, porque es poderosa y hondamente interesada del hombre, a más de ser pródiga en la aventura y regional; me refiero a «Gente en la isla» de Rubén Azócar, esta novela a la cual le faltó improvisación.

La novela nueva intenta su golpe más recio en Chile, su concepción más audaz en «Aguas Estancadas» de Juan Modesto Castro. Castro tiene la visión de nuestra nacionalidad, una visión como la que tuvieron los maestros rusos de su propio país: densa, piadosa, irónica, rebelde. Yo creo que a Castro le duele Chile. Lleva el país en su espíritu, el país de todos los tiempos; el viejo Chile con sus hombres sólidos, ignorantes y audaces, con su ciudad supersticiosa y su campo ingenuo, con la mina y el desierto y el mar; lleva al hombre de hoy, al tunante, al rutinario, al escéptico y al iluso, lleva la ciudad naciente. Tiene un verdadero mapa vivo en la sangre.

Pero le falta algo. ¿Qué será lo que falta a Modesto Castro? Es un excelente evocador de anécdotas, es incansable. Su densidad es horizontal, no es vertical. Sus personajes no están puestos frente al mundo; no es un drama de ideas, el de su novela, es un drama de hechos, a pesar de que en ella la acción es tan mínima que casi no existe. Sus personajes no hablan en ideas, hablan en recuerdo de hechos. ¿Es posible que de toda la humanidad de «Aguas Estancadas» no se alcance una sola concepción del mundo? ¿No hay vida interior en ella? ¿La tragedia de hoy no ha chocado en su espíritu? Hay una base filosófica, profundamente humana, por lo demás, la afirmación del hombre ante la humanidad y sus problemas, que no está presente en la novela de Modesto Castro.

La novela se está enriqueciendo, y desde la cultura y desde la vida le están llegando los elementos. En alguno de los que vienen se está gestando la voz universal que aun no hemos tenido. Entre tanto, Subercaseaux y Bombal, Sepúlveda y Guzmán, Azócar, Castro, nos ofrecen un importante recodo del camino.—FERNANDO ALEGRÍA.



DESTINOS, por *Eugenio González*.—Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1940.

El autor de «Más Afuera» y «Hombres» nos entrega ahora este tercer libro, formado de una colección de cuentos. Eugenio González, no obstante su juventud, ocupa en la literatura chilena un lugar señero. Domina cabalmente el idioma, posee un estilo de variado registro, flúido y ameno. Para González, la literatura es algo serio, que requiere observación y estudio. Son muchos los escritores chilenos que todavía creen en la inspiración. Piensan ellos que para escribir un cuento o novela basta con dejar correr la pluma, que los hados de su destino le dirán lo que tiene que relatar. De ahí que la mayoría de las últimas obras chilenas, en especial las novelas y cuentos, se resientan de falta de técnica y de pobreza de estilo. Parecen esbozos novelescos, excelentes insinuaciones, pero aun en barbecho como realización artística. Mientras la poesía chilena se ha renovado y aun ha marcado rumbos a la lírica americana y española, la prosa—el cuento y la novela—permanece estacionaria. Aun no han sido superados los novelistas y cuentistas de la generación de 1900. Es que la prosa requiere estudio, cultura, meditación, porque en ella entran variados ingredientes artísticos e intelectuales. Eugenio González ha comprendido todo ello; por eso su prosa es de calidad superior.

Dos son los aspectos que debemos destacar de este libro: el estilo y el análisis psicológico de los personajes de los cuen-